

LEGO NINJAGO

SPINJITZU BROTHERS



LA GUARIDA DE TANABRAX

Tracey West

NARRATIVA +10

Planeta Junior

SPINJITZU BRÓTHERS

La guarida de Tañabrax

Tracey West

LEGO, the LEGO logo, the Minifigure, the Brick and Knob configurations and NINJAGO are trademarks of the LEGO Group. ©2024 The LEGO Group.



Manufactured under license granted
to AMEET Sp. z o.o. by the LEGO Group.

AMEET Sp. z o.o.
Nowe Sady 6, 94-102 Łódź - Poland
ameet@ameet.eu
www.ameet.eu

www.LEGO.com
Todos los derechos reservados.

Título original: *The Lair of Tanabrax*
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-08-28357-7
Depósito legal: B. 20.789-2023
Impreso en la UE

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo	7
Capítulo 1: La aldea.....	13
Capítulo 2: Un secreto espeluznante	31
Capítulo 3: Bunch y Moody.....	43
Capítulo 4: El hombre sombra	53
Capítulo 5: El problema de las marionetas.....	61
Capítulo 6: Hora de entrenar	69
Capítulo 7: En la guarida.....	81
Capítulo 8: Hermano contra marioneta.....	93
Capítulo 9: El medallón	103
Capítulo 10: Corazones de oro	125
Epílogo	131
Glosario.....	139

—  **Capítulo 1**  —

La aldea

—Veo, veo... algo verde —dijo Wu.

—¿En serio? —preguntó Garmadon, poniendo los ojos en blanco—. Es la tercera vez que ves algo verde.

—Bueno, hemos estado caminando por bosques y campos —indicó Wu con naturalidad—. Casi todo es de color verde.

Garmadon suspiró.

—De acuerdo —dijo—. ¿Es la hierba?

—No —replicó Wu.

—¿Es ese árbol de allí? —señaló Garmadon.

—No —respondió Wu.

—¿Y ese otro árbol que hay más allá? —preguntó Garmadon—. ¿Es ese?

—Uh-uh —dijo Wu negando con la cabeza.



Garmadon señaló detrás de él.

—¿Ese? —preguntó en voz alta, agitado.

—¡No! —dijo Wu, con una sonrisa, sabiendo que iba a ganar—. ¿Te rindes?

—Claro —contestó Garmadon.

Wu señaló otro árbol.

—¡Ese! ¡Era ese árbol!

—Casi lo tenía —repuso su hermano inexpresivamente—. ¿Tenemos que seguir jugando a esto?

—No, pero no se me ocurre nada mejor —dijo Wu—. Han pasado cinco días desde que dejamos el templo de Felis. Ya hemos hablado de todo lo que podíamos hablar. Y ya he cantado todas las canciones que recuerdo.

—Lo sé. Te he oído cantarlas *todas*. —Garmadon dio una patada a una piedra del camino que tenía delante—. De todas formas, no sé por qué seguimos haciendo este estúpido viaje. No necesito ningún té para ponerme bien. No me pasa nada.

El padre de los chicos, el Primer Maestro del Spinjitzu, les había embarcado en ese viaje hacía semanas. Le preocupaba la oscuridad que había visto surgir en Garmadon. Dijo que en las orillas del océano del norte crecía una planta del té que podía curar a su hijo.

—Mm-hmm —dijo Wu. No quería discutir con Garmadon, pero pensaba que su padre tenía razón. Algo no iba del todo bien con su hermano desde aquel día en que le había mordido una serpiente.

Wu y Garmadon siempre habían sido caracteres opuestos en muchos sentidos. De más joven, Wu, que tenía el pelo blanco, había sido impaciente y un poco imprudente. Su hermano Garmadon, que tenía el pelo negro, había sido atento y cariñoso. Pero después de robar los pergaminos del Spinjitzu prohibido de su padre, Wu había cambiado. Se había convertido en el hijo responsable, y Garmadon había empezado a asumir más riesgos.

Eso fue lo que llevó a Garmadon a trepar un día por el muro del monasterio donde le mordió la serpiente. Y desde que había recibido aquel mordisco, Wu había notado un cambio en su hermano. Garmadon tenía unos ataques de ira bruscos y violentos. Esto asustaba a Wu, y si el té podía ser de alguna ayuda a Garmadon, viajaría a las regiones más temibles de Ninjago para obtenerlo.

—Deberíamos dar media vuelta —le insistió Garmadon—. Vuelve y dile a nuestro padre que no vamos a realizar una búsqueda inútil sin motivo.

—Tú y yo sabemos que eso no va a servir de nada —dijo Wu—. Ambos queremos convertirnos en grandes maestros del Spinjitzu, ¿no? No podemos hacerlo sin que nos entrene nuestro padre. Estoy seguro de que no tardaremos mucho en encontrar la planta.

—Mm-hmm —respondió Garmadon, y Wu supo que esa era la forma que tenía su hermano de admitir que Wu tenía razón.

Garmadon no le dio más importancia a la cuestión, así que Wu siguió con el juego.

—Te toca —dijo Wu—. ¿Qué ves?



Garmadon entrecerró los ojos y miró a lo lejos.

—Veo varias columnas de humo que salen de una chimenea. ¡Es una aldea!

—Oye, tienes que dejar que yo lo adivine —dijo Wu. Garmadon puso los ojos en blanco.

—No estás entendiendo nada, hermano. Casi no nos queda comida y hace mucho que no dormimos en una cama blanda. Una aldea es justo lo que necesitamos.

—Tienes razón —dijo Wu, y echó a correr—. ¡El último es una serpiente viscosa!



Garmadon y Wu descendieron por el sendero y llegaron al centro de la aldea. Pequeñas casas con cuidados jardines se alineaban a lo largo de las calles de piedra. Los hermanos vieron un mercado en el centro del pueblo y se dirigieron hacia allí.

Pero, al pasar junto a las casas, Wu notó algo extraño. Una madre que jugaba con sus dos hijos los observó y sacudió la cabeza con tristeza. Cruzaron por delante de otra casa



y vieron a un hombre que los miraba desde una ventana. Cuando pasaron por delante de la siguiente casa, un hombre regaba flores en el exterior.

—Hola —lo saludó Wu—. ¿Cómo se llama este pueblo? Hemos viajado mucho, y...





—No hay mucho que ver aquí —lo interrumpió el hombre—. Será mejor que sigáis vuestro camino.

—Pero estamos cansados y tenemos hambre —dijo Garmadon.

—Es mejor que sigáis vuestro camino —dijo el hombre frunciendo el ceño. Y volvió a regar sus flores.

Wu y Garmadon se miraron.

—¿Tú también has notado malas vibraciones en este lugar? —preguntó Wu.

Garmadon asintió.

—Sí, aquí nadie parece muy simpático. —Olfateó el aire—. ¡Mmm! ¿Qué es ese olor tan delicioso?

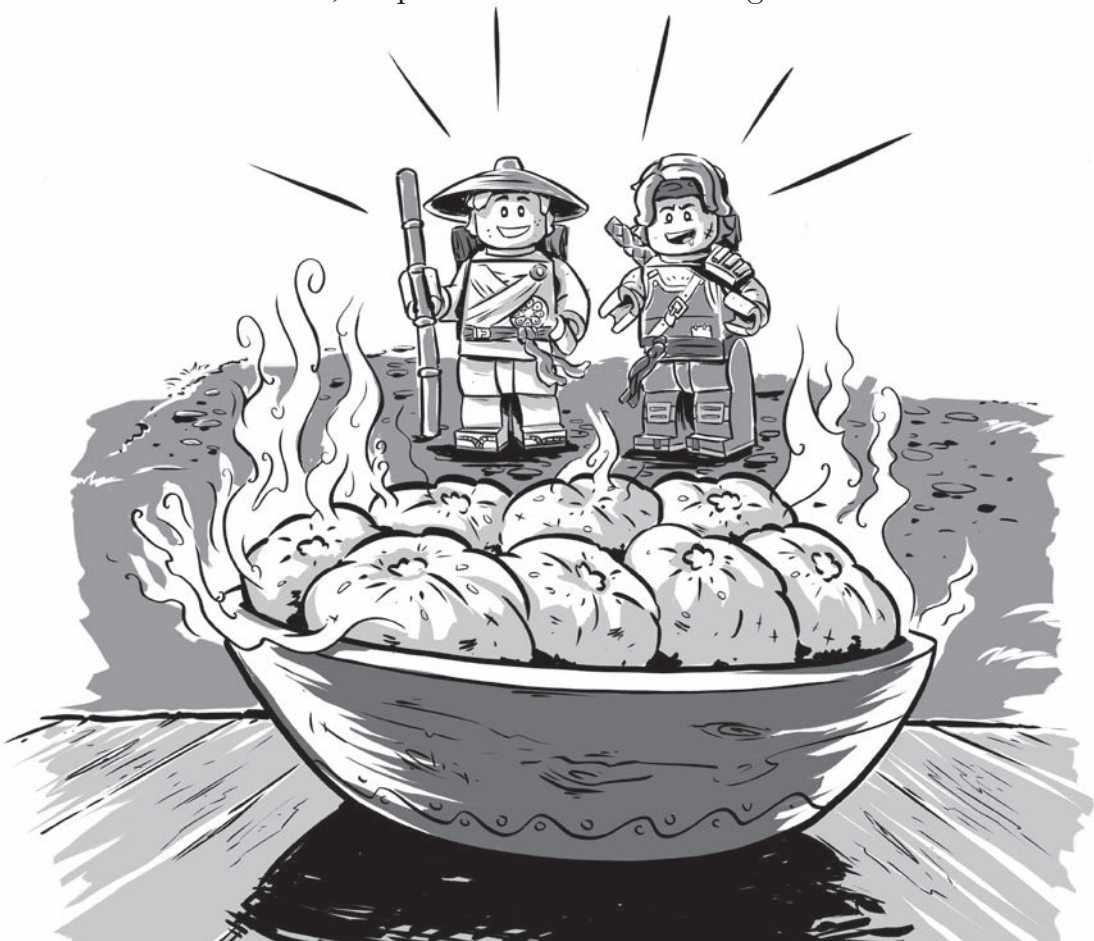
Wu también olfateó.

—No lo sé, pero aunque los aldeanos se comporten de un modo muy extraño, ¡quiero averiguarlo!

Siguiendo el rastro de aquel olor llegaron al mercado. Había pequeños puestos de gente que vendía fruta, verdura, pan y alimentos cocinados, como empanadillas al vapor y sopa.

—¡Empanadillas! —gritaron los dos a la vez. Y se dirigieron al puesto donde las vendían.

—Pidamos una docena de cada tipo —dijo Garmadon, al que la boca se le hacía agua.



—Lo haría, pero apenas nos queda dinero —lo informó Wu.

—¿Cuánto tenemos? —preguntó Garmadon.

Wu sacó unas monedas de los bolsillos y miró el letrero que había en el puesto de venta.

—Suficiente para una empanadilla —dijo.

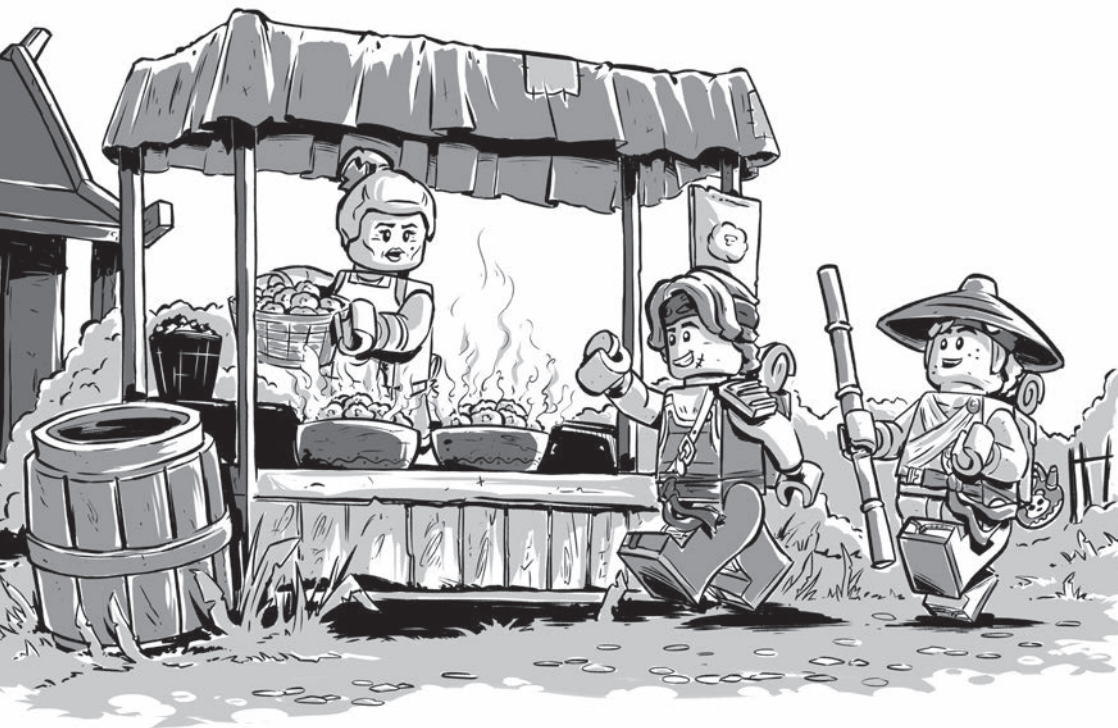
Garmadon señaló con la cabeza a la mujer de pelo gris que estaba detrás del mostrador colocando empanadillas en una cesta de bambú para cocerlas al vapor.

—Queremos una empanadilla, por favor —dijo.

La mujer enarcó una ceja.

—¿Una empanadilla?

—Eso he dicho —dijo Garmadon—. ¿Pasa algo?



—Solo si sigues siendo grosero con una anciana —replicó la mujer—. Una empanadilla es una ración un poco extraña. La gente habla de mis empanadillas por todo Ninjago. Nadie pide nunca solo una. Piden seis, o doce, o cien.

Wu le mostró sus monedas.

—Solo podemos permitirnos una empanadilla.

La mujer sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, pero luego abrió otra cesta de vapor y cogió con los palillos una sola empanadilla.

—¡No, esa no! —gritó Garmadon—. ¿Puedes darme la más grande?

—¿Hablas en serio? —preguntó ella—. Todas tienen el mismo tamaño.

—No es verdad —insistió Garmadon, mientras señalaba una—. Esa es un poco más grande.

La vendedora no estaba convencida.

—¡No lo es!

—¡Danos la grande! —La voz de Garmadon subió de tono.

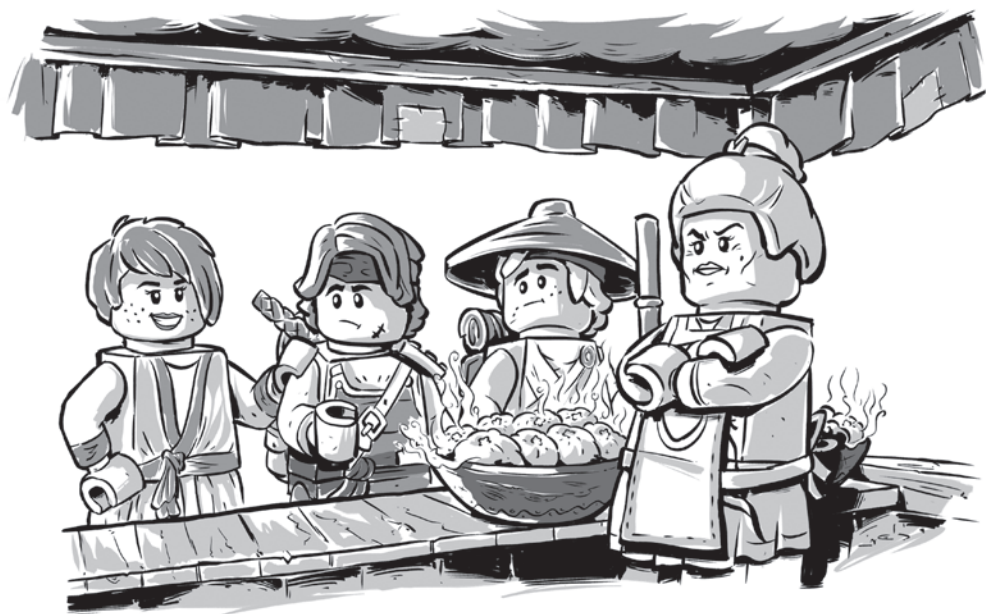
Wu suspiró y le puso una mano en el brazo.

—No pasa nada, Garmadon —dijo en tono tranquilizador—. Podemos comprar unas cuantas zanahorias. Será más fácil compartirlas.

Entonces, oyó una voz detrás de ellos.

—Abuela, dales un plato de empanadillas.

Los dos hermanos se giraron y vieron a una chica de pelo castaño corto que parecía tener más o menos su edad.



—Gracias —dijo Wu—. Me llamo Wu y este es mi hermano, Garmadon.

La chica sonrió.

—Yo me llamo Hana, y ella es mi abuela.

—Soy Obachan —dijo la mujer con brusquedad. Apiló ocho empanadillas en un plato y se lo entregó.

Garmadon miró a Hana.

—¿Por qué haces esto? Ni siquiera nos conoces.

Hana se encogió de hombros.

—Parecéis hambrientos. Y a la abuela y a mí nos gusta dar de comer a la gente.

—Llevamos semanas viajando —le explicó Wu—. Y nos estamos quedando sin provisiones. ¿Sabes de alguien que pueda necesitar que le echemos una mano en algo? Quizá podríamos pasar la noche aquí y hacer algún trabajo por la mañana para ganar dinero y poder comprar más comida.

—Más vale que no paséis la noche aquí —dijo Obachan con sequedad.

Wu frunció el ceño.

—Otro hombre también nos lo ha dicho.

—¿Por qué no podemos quedarnos? —preguntó Garmadon—. No es una aldea tan mala.

—¡Es una aldea magnífica! —le respondió Obachan—. Pero no es un buen momento para que quienes nos visitan se queden aquí.

—No la entiendo —dijo Wu—. Tienen una comida estupenda y las flores están ahora más bonitas que nunca. Si no estuviéramos de viaje, nos quedaríamos unos días.

Obachan miró a su nieta.

—Son buenos chicos —dijo—. ¿Se lo contamos?

Hana asintió.

—Nuestro pueblo está en peligro. Deberían saberlo.

—¿Peligro?! ¿Qué clase de peligro? —exclamó Garmadon sorprendido.

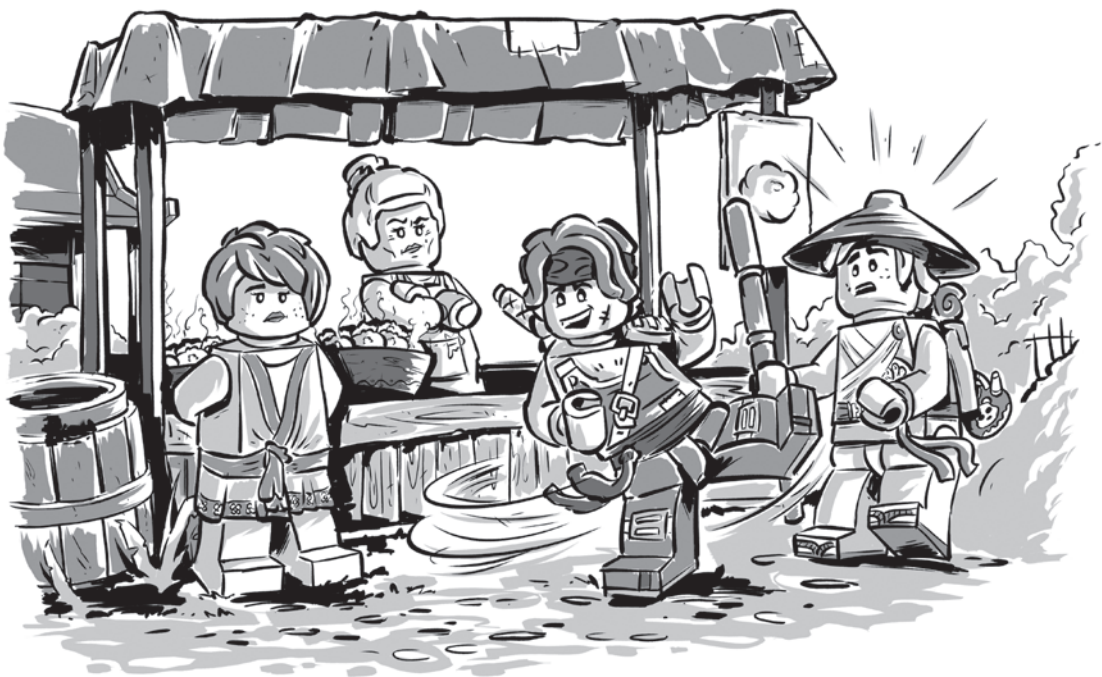
—Ha ido desapareciendo gente —explicó Hana—. Mi propio hermano desapareció hace dos semanas. Algunos dijeron que se había ido a vivir a la ciudad, pero no nos habría dejado sin despedirse. Desde entonces, han desaparecido más personas. Los aldeanos juran que...

—Ya es suficiente, Hana —dijo Obachan—. Eso es todo lo que estos chicos necesitan saber. Deberían irse antes de que anochezca.

—¿Y a dónde van a ir? —preguntó Hana—. La siguiente aldea está a casi un día de viaje. Aquí estarán más seguros.

—Bueno, somos ninjas y no tenemos miedo —les dijo Garmadon, y con un giro lanzó una patada ninja para demostrarlo.

Hana los miró. Los dos vestían un gi, unos pantalones holgados con una camisa ligera encima atada por delante, perfecto para las batallas de los ninjas.



—¿Es eso cierto? —preguntó—. No entendía por qué llevabais pijamas.

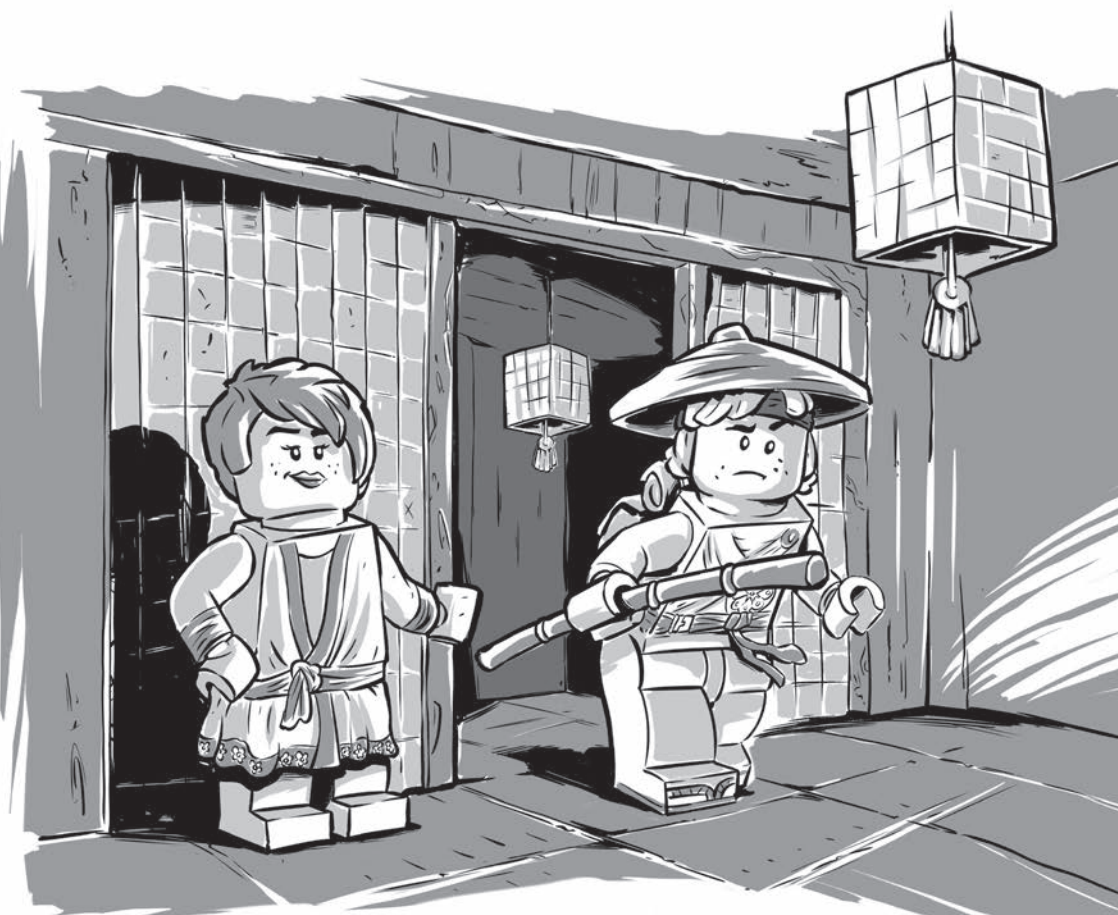
—¡No son pijamas! —Garmadon alzó la voz.

—Sí, somos ninjas —dijo Wu—. Y mi hermano tiene razón. Quedarnos aquí no nos da miedo. ¿Sabes de algún sitio donde podamos dormir esta noche?

—Podríais dormir en la habitación de mi hermano, ¿verdad, abuela? —preguntó Hana.

Obachan resopló.

—Vamos, abuela. Si son quienes dicen ser, estarán bien. Y puede que incluso nos ayuden a mantenernos a salvo —añadió Hana.



Obachan finalmente accedió.

—¡De acuerdo! —dijo Hana—. Os quedáis con nosotros. Ahora comed vuestras empanadillas antes de que se enfríen.

Los hermanos no discutieron. Se comieron rápidamente las deliciosas empanadillas. Cuando el sol empezó a ocultarse, ayudaron a Hana y a Obachan a

recoger el puesto del mercado y lo llevaron de vuelta a su cabaña. La bonita casa blanca tenía un jardín de flores en la parte de atrás. Hana los condujo al interior y los acompañó a una habitación del segundo piso.

—Solo hay una cama, pero hay mantas de sobra, así que uno de vosotros puede dormir en el suelo —dijo.

—¡Gracias! —exclamó Wu—. Os lo agradecemos de veras.



—Sí, gracias —dijo también Garmadon. A continuación, saltó sobre la cama—. ¡Mía!

—¡Eso no es justo! —Wu saltó a su lado—. Esto no se decide así.

—¡Claro que sí! —dijo Garmadon.

—Esta cama es muy cómoda. No me voy a ir —anunció Wu—. Podemos compartirla.

—Me parece bien —dijo Garmadon.

—Estupendo —respondió Wu.

Los hermanos se apretujaron en la cama, dándose la espalda. Pero, a pesar de estar muy cansados, no conseguían conciliar el sueño. Wu no podía parar de recordar la conversación con Hana y Obachan.

—¿De verdad crees que pasa algo raro en este pueblo? —preguntó Wu.

—Probablemente no —respondió Garmadon—. Este lugar está en medio de la nada. Seguro que todos se van a la gran ciudad.

—Hana no cree que sea eso lo que ha pasado —señaló Wu.

—Bueno, probablemente no quiera creerlo —dijo Garmadon bostezando.

Después, los cinco días de marcha hicieron su efecto y los dos hermanos se quedaron dormidos.